

# Antonio,

## EL ULTIMO CAÑONERO, ESTA CANSADO DE VIVIR

Francisco González va desgajando la historia, mientras el último cañonero deja vagar su mirada desvaída...



Por OMAR VERA LOPEZ

**U**N hombre aguarda junto al sendero. Viejas las manos, viejas y arrugadas; apagadas las pupilas, arropado con el silencioso manto de su sordera, aguarda junto al sendero. Por allí se marchó José Isabel, el del cuatro juguetero y cacabelero. El José Isabel de las serenatas y del francés trasnochado que tejía sueños y canciones en las verjas pulidas del palacio señorial. Ese mismo José Isabel que comulgaba con su propio origen al puntear el madrigal rubio ante la morenez incitante del pueblo. De su pueblo. El hombre aguarda junto al sendero la voz que ha de llamarle.

Es el último "cañonero." Con la mirada perdida en el cielo recuerda las andanzas de aquellos tres mosqueteros de la música. Tres mosqueteros que, como los otros, eran cuatro. Violín, flauta, arpa y cuatro desgranando melodías. Cuatro caminos tendidos hacia la encrucijada de la serenata por donde caminaron tantas y tantas veces cuando la luna dejaba caer el sedoso

nida..." Aquí está José Isabel!". Coleccionando melodías. Aprisionando melancólicos valses, alegres merengues o melancólicos pasillos en el ramillete ofrecido a la persona homenajeada. Después, al marcharse, la melodía más prosaica pero tan necesaria de las monedas tintineando en el bolsillo.

Pero José Isabel también llevaba sus cañoneros al hogar humilde. Y florecía su serenata con el mismo cariño. Quizá era tanto más airosa su serenata por cuanto se pagaba con un apretón de manos y un vaso de espumosa cerveza. O no se pagaba. José Isabel no tocaba por dinero. Su vida y la de sus cañoneros estaba dedicada a ofrecer al viandante el alma de artista que bulía muy dentro. Y la música les desbordaba el sollozante violín, el cuatro, la flauta, el arpa. El arpa que sellaba con su ronco quejido las cuatro voces, cuatro puñaladas prendidas en el cielo caraqueño.



# ESTA CANSADO DE VIVIR

Francisco González va desgajando la historia, mientras el último cañonero deja vagar su mirada desvaída...



Por OMAR VERA LOPEZ

**U**N hombre aguarda junto al sendero. Viejas las manos, viejas y arrugadas; apagadas las pupilas, arropado con el silencioso manto de su sordera, aguarda junto al sendero. Por allí se marchó José Isabel, el del cuatro juguetón y cacasbelero. El José Isabel de las serenatas y del francés trasnochado que tejía sueños y canciones en las verjas pulidas del palacio señorial. Ese mismo José Isabel que comulgaba con su propio origen al puntear el madrigal rubio ante la morenez incitante del pueblo. De su pueblo. El hombre aguarda junto al sendero la voz que ha de llamarle.

Es el último "cañonero." Con la mirada perdida en el cielo recuerda las andanzas de aquellos tres mosqueteros de la música. Tres mosqueteros que, como los otros, eran cuatro. Violín, flauta, arpa y cuatro desgranando melodías. Cuatro caminos tendidos hacia la encrucijada de la serenata por donde caminaron tantas y tantas veces cuando la luna dejaba caer el sedoso pañuelo de sus últimos rayos a los pies del sol, sempiterno madrugador.

Antonio está cansado. Se sintió cansado desde que tuvo que cerrarle los ojos al hermano muerto. Cuando José Isabel borró de sus pupilas el rincón oscuro del cuartucho que recibió su última mirada, comenzó el cansancio de Antonio. Ya ha cruzado el Cabo de Hornos de los 70 y la vida cansa. Sobre todo si se ha vivido.

**H**ACE ya mucho tiempo que comenzó a soñar el "cañón". José Isabel era el Rey del Cañón. Y sus acólitos, las musicales comparsas que seguían sus pasos como tres sombras animadas de notas y arpegios, completaban el cuarteto de "cañoneros". No tenían distinción de clases. En la semi-oscuridad costosamente lograda del jardín, anillo verde en torno de la casa señorial, nacía la flor humilde de la serenata de los cañoneros. Y el "frú-frú" de la seda sobre el piso brillante se traducían en el alegre grito de bienve-

nida..." Aquí está José Isabel!". Coleccionando melodías. Aprisionando melosos vales, alegres merengues o melancólicos pasillos en el ramillete ofrecido a la persona homenajead. Después, al marcharse, la melodía más prosaica pero tan necesaria de las monedas tintineando en el bolsillo.

Pero José Isabel también llevaba sus cañoneros al hogar humilde. Y florecía su serenata con el mismo cariño. Quizá era tanto más airosa su serenata por cuanto se pagaba con un apretón de manos y un vaso de espumosa cerveza. O no se pagaba. José Isabel no tocaba por dinero. Su vida y la de sus cañoneros estaba dedicada a ofrecer al viandante el alma de artista que bulía muy dentro. Y la música les desbordaba el sollozante violín, el cuatro, la flauta, el arpa. El arpa que sellaba con su ronco quejido las cuatro voces, cuatro puñaladas prendidas en el cielo caraqueño.

**J**OSE Isabel murió. La ciencia médica certificó: "Alta tensión". Y eso es falso. José Isabel no murió de alta tensión aunque lo diga la ciencia médica. José Isabel murió de desilusión, como va a morir de cansancio su hermano Antonio. Su cuatro, sus cañoneros, ya no son de este siglo. En el vertiginoso ambiente moderno las serenatas vienen enlatadas en discos chatos. 33 revoluciones, 78 revoluciones, 45 revoluciones. Un botón que se oprime y la magia mecánica de la serenata pre-fabricada, saboreada mientras el sillón mullido nos ofrece su abrazo cálido, nos hace olvidar a José Isabel. Es verdad que tenía más de noventa años pero hubiera vivido el doble de haber podido seguir amasando el pan de cada día de sus serenatas.

José Isabel era panadero. El mejor de Caracas y sus alrededores según dicen sus viejos amigos. Tenía el secreto para fabricar el pan francés, crujiente y sabroso, pero no pudo guardarlo pa-

Continúa





A veces puntea suavemente el arpa, y los chicos lo rodean...

## Antonio... continuación

ra él solo. Todo lo que tenía le ofrecía: música o pan. Antonio también es panadero. Pero ante todo, Antonio es un viejo sordo y cansado que amarró la última mirada de José Isabel en la negra cinta que lleva en la solapa. Y que ahora aguarda junto al camino, mirando a lo alto, la señal que le indique que ha llegado la hora. Y allá arriba se encontrarán los cuatro cañoneros nuevamente para vagar por los cien caminos del cielo pastoreando sus canciones.

**E**N el bullicio de la casa de vecindad hay una isla de silencio. Y en ella habitante solitario, Antonio el último cañonero. En la placidez de su sordera, a veces los dedos sarmientosos, tan duros ahora, puntean el arpa quietamente, marcando esos pasos menudos que regresan al pasado. También lo hicieron para nosotros mientras lo rodeaban los niños, asombrados quizá. Antonio no oye casi, y diríase también que no ve cuando sus dedos se encuentran galopando el viejo camino de las cuerdas paralelas. Es un vi...

A veces Antonio recorre la geografía caraqueña con el arpa al hombro. Le hemos encontrado a veces, con el paso lento y cansino, la mirada baja, y el abrazo caliente del sol uniéndolos a los dos, arpa y hombre, en un sólo grupo sudoroso. Pero Antonio ya casi no sale. Allá en el cuarto pequeño y oscuro aguarda. Un día cualquiera vendrá el médico y dirá su palabra docta. Firmará y sellará la papeleta de defunción calificando con una palabra técnica un deceso más. Pero nosotros ya sabemos que Antonio habrá muerto de cansancio. Aunque el médico diga otra cosa. Así como José Isabel murió de desilusión y nostalgia, Antonio, el último cañonero se despedirá de la vida con el gesto cansado de los que están cansados de vivir.





# Antonio... continuación

ra él solo. Todo lo que tenía lo ofrecía: música o pan. Antonio también es panadero. Pero ante todo, Antonio es un viejo sordo y cansado que amarró la última mirada de José Isabel en la negra cinta que lleva en la solapa. Y que ahora aguarda junto al camino, mirando a lo alto, la señal que le indique que ha llegado la hora. Y allá arriba se encontrarán los cuatro cañoneros nuevamente para vagar por los cien caminos del cielo pastoreando sus canciones.

**E**N el bullicio de la casa de vecindad hay una isla de silencio. Y en ella habitante solitario, Antonio el último cañonero. En la placidez de su sordera, a veces los dedos sarmentosos, tan duros ahora, puntean el arpa quietamente, marcando esos pasos menudos que regresan al pasado. También lo hicieron para nosotros mientras lo rodeaban los niños, asombrados quizá. Antonio no oye casi, y diríase también que no ve cuando sus dedos se encuentran galopando el viejo camino de las cuerdas paralelas. Es un viaje de retorno el que ha emprendido llevando como amiga y compañera el arpa vieja y cansada, como él, que un día le regalara José Isabel.

Y es que José Isabel era malo como arpista. La Observación está como destrabada de nuestras preguntas. Ha saltado así, de improviso, de algún remoto rincón de la memoria de Antonio. A José Isabel le decían "Pum, pum", un onomatopéyico apodo debido al ronco bramar del bordón cuando tocaba el arpa. Desaparecía el cabrioleo de las primas ante el seco y sonoro "Pum, pum, pum".

**A**NTONIO está viejo y cansado. Su mirada se pierde en el vacío. Sus palabras son escasas y vacilantes. Los surcos que se entrecruzan en su rostro forman el mapa de su propia vejez. Ya se acerca a los ochenta años pero no cree que los rebasa. Antes de ese límite encontrará el atajo que lo llevará a reunirse con los compañeros que le aguardan.

A veces Antonio recorre la geografía caraqueña con el arpa al hombro. Le hemos encontrado a veces, con el paso lento y cansino, la mirada baja, y el abrazo caliente del sol uniéndolos a los dos, arpa y hombre, en un sólo grupo sudoroso. Pero Antonio ya casi no sale. Allá en el cuarto pequeño y oscuro aguarda. Un día cualquiera vendrá el médico y dirá su palabra docta. Firmará y sellará la papeleta de defunción calificando con una palabra técnica un deceso más. Pero nosotros ya sabemos que Antonio habrá muerto de cansancio. Aunque el médico diga otra cosa. Así como José Isabel murió de desilusión y nostalgia, Antonio, el último cañonero se despedirá de la vida con el gesto cansado de los que están cansados de vivir.



José Isabel y Antonio, cuatro y arpa, en la postal que amarillea el tiempo..